

Santos Tornero

En la historia de la cultura chilena del siglo XIX, pocos nombres hay tan ilustres como el de José Santos Tornero Montero, un riojano, "el padre de las librerías chilenas" y dueño de "El Mercurio" durante más de dos décadas. Nacido en 1808 y llegado a la edad de 26 años, en 1836 fundó en Valparaíso la primera librería del país: "La Española".

Hombre inquieto, vio cuánto había por hacer en la producción escrita, por lo que en 1842 compró "El Mercurio" de Valparaíso a su compatriota Manuel Rivadeneira, decidido a transformarlo en el mejor diario de América del Sur; su imprenta, además, debería ser capaz de producir libros y revistas.

El incendio de los talleres en 1843 despertó su interés en la maquinaria moderna, lo que se tradujo en viajes que incluían visitas al "New York Herald", el "Times" de Londres y los principales diarios de Francia.

Ese nivel técnico le permitiría fundar varias publicaciones, como la "Revista del Pacífico" y "El Museo de Ambas Américas".

Aunque para comprar el diario había

vendido sus dos librerías, la porteña y la de Santiago, apenas consolidó la empresa volvió a fundar otras tantas y muchas más en ciudades del país y de todo el continente.

Mientras tanto iban saliendo sus libros. Desde textos escolares —algunos escritos por él, y adoptados por establecimientos— hasta libros de poesía americana y española, dramas de éxito y libretos de ópera, novelas inéditas y los primeros mapas chilenos impresos, joyas como la "Guía General de la República de Chile" y folletines populares.

Invitaba a escribir en el diario a los mejores autores nacionales, y sufría al ver su afrancesamiento; de ahí que editara clásicos españoles, y que "El Mercurio" difundiera también la cultura hispana. Orgulloso de su origen, encabezó la protesta contra el Himno Nacional de Chile por sus versos hirientes a España, hasta lograr que se encargara otro a Eusebio Lillo. En la fundación del Círculo Español, en el de la Compañía de Bomberos hispanos, en la Sociedad Española de Beneficencia, siempre estuvo en la primera línea. Era el patriarca visible de la colonia en Chile.

Por lo mismo, cuando se hizo inminente la guerra entre los dos países, el año 1864 decidió traspasar las empresas a sus cinco hijos, todos nacidos en Chile de su matrimonio con Carmen Olmos, varios de ellos ilustres periodistas e impresores en las décadas siguientes.

Ya en paz, tuvo algunas alegrías enormes. Cuando un boletín oficial había informado que Atacama era un erial inútil, él, desde "El Mercurio", había promovido la conquista del desierto y de sus riquezas ocultas; la historia, ante sus ojos, le daba la razón. Vio que "El Mercurio" pasaba de sus hijos a Rafael Larraín Moxó, y de éste a Agustín Edwards Ross, acrecentando su prestigio y en la senda de las virtudes que él cultivara.

No alcanzó a ver que su librería de Valparaíso se mantenía entre sus hijos y nietos hasta 1920, de Tornero en Tornero durante 75 años. Cuando tenía 82 años publicó sus "Reminiscencias de un viejo editor", valiosísimo panorama de la prensa, la literatura y las editoriales chilenas en el siglo XIX.

Miguel Laborde